

Mónica González, Claudio Guerrero, Hugo Herrera y Raúl Rodríguez Freire.  
*FIGURAS DE LO COMÚN: FORMAS Y DISENSOS EN LOS ESTUDIOS LITERARIOS (LENGUAS, CUERPOS, SENTIDOS Y ESCRITURAS)*. Valparaíso: ILC/PUCV, 2021: 400 pp.

Mónica González, Claudio Guerrero, Hugo Herrera y Raúl Rodríguez son los editores de *Formas de lo común*; amigos de la letra y en la letra que nos presentan este libro como plataforma para debatir las figuras de lo común –discusión urgente que nunca– sobre todo por los debates sobre la escritura, la lectura, la política y los libros en el contexto chileno. ¿De qué modo se nos hace urgente lo común?, ¿qué pistas nos entrega lo común en estas intervenciones?, ¿por qué reflexionar sobre lo común? En lo personal, llegué a las discusiones sobre este tema a partir de Roberto Espósito en sus reflexiones contenidas en *Immunitas* y *Communitas*, esta compilación no está fijada en ese debate del intelectual italiano, pero creo que esos dos conceptos marcan sus coordenadas.

La inmunidad, ineludible en estos tiempos del desconfinamiento de la pandemia, es el cerco, la protección y los dispositivos a los que hemos sido sometidos como la única forma viable para contener el virus. La *immunitas* alude a la transposición de esas condiciones del cerco como formas de administración de lo social y lo político. Por el contrario, el segundo concepto de Espósito, la puesta en común –*communitas*– recalca en la alteridad, podríamos decir que apunta a las escrituras no idénticas –escrituras del disenso– como señala el título *Figuras de lo común*.

Lo común, en Espósito, sigue la huella de su raíz etimológica: el *munus*, el don, el regalo, la ofrenda; en esa apertura, este libro y las voces que se cruzan en él son una comunicación en una dimensión no inmunitaria, contagiosa y abierta. Las reflexiones en común sobre la literatura contenidas en estas páginas resaltan ese ámbito del pensamiento contemporáneo que no está sometido bajo los rótulos de la identidad, que no la busca, ni la persigue; la esquivo y disiente. Sus escrituras salen del ámbito de lo personal en función de un campo impropio de lo literario, aquello no-nuestro, que nos convoca en un espacio poroso del nosotros. Su introducción reitera esta preocupación en palabras de Ricardo Piglia, “ahí hay un ejemplo bien claro de esto que intuía Piglia, de que siempre la pregunta por la lectura es la pregunta por el otro” (21), por ende, en la esfera del disenso, tenemos en nuestras manos un libro de una escritura común, su figura se fija en una comunidad de voces en búsqueda de la alteridad y la palabra del otro. Las investigaciones se organizan en torno a materiales y enunciaciones diversas, organizadas en distintos ejes: 1) Materialismos y lo común, 2) Espacialidades, voces

y circulación, 3) Construcciones figuras y disensos, 4) Formas de lo heterogéneo e intermedialidad; más dos secciones, una en su comienzo titulada “Diálogos”, y otra en su final, “Intervenciones”.

El debate sobre lo común se inicia con diversas discusiones sobre el término: lo compartido, lo público, e incluso lo estatal como una esfera de la garantía de derechos de las personas. Sin lugar a duda, la cultura se nos propone como un hecho común, no obstante, en ese campo hay diversas fuerzas que se tensionan: formas de aparecer, jerarquías y desfondamientos. Un punto clave que cruza el libro es la pregunta por lo material, que podríamos hacer equivalente a la materia, la matriz y, por qué no, lo materno; en el texto, se afirma que en paralelo: “a la pregunta por la tierra, la pregunta por la economía puede ser traducida a la pregunta en la literatura por las materialidades de lo literario” (18). Esas materialidades vuelven como una reflexión sobre lo común en algunos artículos muy iluminadores de las exploraciones literarias sobre el lenguaje y sus límites.

Estas investigaciones buscan los enunciados donde los signos se tuercen hacia su opacidad para llegar a una esfera reflexiva sobre la materia, esa utopía de la lengua en la poesía de César Vallejo, por ejemplo, como lo destaca Gabriela Milone a propósito de *Trilce*: “La lengua susurrante es así una utopía abierta entre la voz y la letra: ni pura palabra balbuceada ni pura escritura entrecortada. Es un ejercicio vocal cuya extensión fónica alcanza la materia del lenguaje, no como sentido ni como negación de sentido, sino como volumen sonoro” (Milone 64). Ese volumen pesa y suena, es la gravidez de la letra que se fuga de las palabras. La densidad del significante que explora diversas dimensiones de la materialidad de los sonidos. La autora usa el concepto de ficciones y fricciones fónicas para denotar el lugar y volumen del significante y el sonido en una comunicación de lo común en el lenguaje con su materia sensible.

El texto anterior, “Imaginar la materia/ hacer la lengua” está incluido en la sección sobre los materialismos, la que nos invita a volver a los objetos y superficies para construir los saberes. Esta dimensión del peso y volumen de la materia, es reiterada como una parte de la estética literaria por Natalia Lorio, donde lo material en la ficción es el pasaporte a una “apertura de las formas, en la conjugación, el conflicto y el pliegue de la materia” (Lorio 87), en un artículo dedicado Armonía Sommers y su novela *La mujer desnuda*, la autora destaca esa multiplicidad de lo viviente asociado con el cuerpo femenino abierto, conectado con lo vegetal y lo animal, un cuerpo sin órganos, que renuncia a sus jerarquías para ir hacia un plan de inmanencia de lo viviente.

La textualidad de los objetos como una superficie de la escritura –su materia, su matriz– es una condición insistente en la pesquisa compilada en *Figuras de lo común*, la materia significativa se desplaza por la espacialidad. Materia y espacio convergen en la segunda sección de esta compilación, donde las interrogaciones se trasladan al campo de los espacios. En consonancia con las referencias sobre lo común, sobre todo en aquellas donde su figura gira hacia al ámbito impropio e impersonal. El artículo “Entre el trazo, el grafo y el gesto” de Natalia Pérez Torres, se nos muestra cómo la

textualidad del grafiti se fuga de la denotación de la escritura, en paralelo a la lengua susurrante que hemos destacado anteriormente en *Trilce*. El grafiti como una escritura en la piedra de la ciudad se expresa disruptivamente, su propuesta consiste en “escribir sin poner nada, [el grafiti] despreocupado de cualquier intención literaria o lírica; pero no textual ni discursiva” (Pérez Torres 204). Así, si en la poesía vallejana la sonoridad se escapaba del signo, esta vez el significante se escapa de la sonoridad. El signo mudo de la escritura en las paredes bogatanas irrumpe como una escritura sin lirismo, una escritura sin palabras, una lengua cuyos signos anómalos se desplazan como una fuga de la escritura, una diáspora escrituraria que se despoja de sus significantes y significados para migrar hacia un campo desconocido de lo textual y discursivo.

Los capítulos destacados describen una convergencia de los estudios literarios recopilados en *Figuras de lo común*, una articulación figural de la letra que disiente de los mandatos jerárquicos de la ciudad letrada, para explorar puntos de fuga, nudos del disenso y líneas experimentales de la escritura, donde la letra recupera su filiación con la filosofía en el camino de la *poesis*, una disposición creativa del lenguaje, Carolina Pezoa explora esos límites en la poesía de Paul Celán, ella nos dice: “Entre Celan y Hamacher estoy, dijéramos, intentando acceder a la incompreensión de nada, estoy queriendo traducir nada, entender nada, estoy dijéramos, detrayendo la lágrima endurecida de lo escrito” (Pezoa 170). La escritura de la investigadora y su roce con la nada demuestra un interés por una dimensión incognoscible y deslumbrante: “cómo leer lo que dura un destello” (Pezoa 169). Las escrituras centelleantes de este libro se cruzan, nos hacen mirar en sesgo, salir del marco, nos invitan a crear nuevas formas de leer la realidad como lo señala Alicia Genovese: “lo que yo enseñé [...] produce una manera de mirar el mundo y situarse en él” (Genovese 37). Los estudios literarios hoy nos reclaman esa posición con el mundo, quizá no hay forma de leer la literatura que no sea esta, la del disenso, la de la apertura, la puesta en común del sentido en el que estamos inmersos, pero que de ningún modo nos pertenece.

Leer de este modo implica desviarse de las lecturas impositivas, unívocas y sus aparatos de captura; la práctica de la lectura del disenso, según Alejandra Castillo, implica “La posibilidad de su inclinación, de su salida de curso, de su desvío” (Castillo 41). Ese viraje para salir de las lecturas donde lo humano se concibe como un producto cerrado y cercado por el perímetro de una erudición elitaria, selecta y privilegiada.

La relación con la lectura y la escritura de las mujeres sigue ese desvío –ese disenso– tal como se recupera como estrategia discursiva de resistencia y placer, como lo señala Damaris Landeros, “La madre consolida la lectura como una práctica placentera y, aunque esté vigilada, ciertamente es diferente a otras formas de relación con la cultura escrita” (Landeros 243). Su artículo, “Hija, huye sobre todo de aquellos libros”, presenta a la lectura inscrita en el campo de las figuras destituyentes de los poderes patriarcales, se nos revela el ejercicio letrado como un cruce entre la resistencia y el goce; el desvío ya no solo está situado en una escritura fuera del surco de

la vigilancia, sino que lo podríamos afirmar como una práctica del feminismo; ese disenso, ese desvío: “Es una salida de marco –insistimos junto con Alejandra Castillo–. Este desmarque, que no es otra cosa que reconocer la herida que nos constituye en tanto mujeres” (Castillo 40). La suspensión de lo humano es el paréntesis al que nos invita lo común.

Justamente, las figuras de lo común contenidas en este libro son destituyentes, la escritura literaria se nos presenta como un campo de experimentación del lenguaje, abierta. Una figura de la que hablamos poco, una lectura basada en la libertad, una promoción de la lectura relacionada con la igualdad, una promoción de la inquietud incierta de la lectura y la escritura en una escena solidaria. *Figuras de lo común* nos invita a leer y pensar la lectura y la escritura basada en el arte del disenso. Incluso, me atrevería a que este libro, y los libros analizados en él, se conectan con lo que señala en *Mil mesetas* Gilles Deleuze y Félix Guattari sobre la escritura, “Nunca hay que preguntar qué quiere decir un libro, significado o significante, en un libro no hay nada que comprender, tan solo hay que preguntarse con qué funciona” (Deleuze y Guattari 10).

Nicolás Román González  
Universidad Andrés Bello

## BIBLIOGRAFÍA

- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2006.
- Esposito, Roberto. *Inmunitas: protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- \_\_\_\_\_. *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- González, Mónica, Claudio Guerrero, Hugo Herrera y Raúl Rodríguez Freire. *Figuras de lo común: formas y disensos en los estudios literarios (lenguas, cuerpos, sentidos y escrituras)*. Valparaíso: ILC/PUCV, 2022.